

Shin Marmalade Boy

Por Marc Ortiz Costa “Mak”, quien autoriza a Minami a publicar su fan-fic como crea más conveniente.

04-02-1999

[PRELUDIO]

Viernes, 7 de mayo de 1999. La lluvia mojaba las paredes, y la noche parecía querer hablar.

Meiko cogió las velas y las depositó encima la mesa del comedor. El color rojo de estas contrastaba con el mantel blanco.

Había sido un mal día, pues había llovido mucho, y en los días de lluvia, no se sentía inspirada, y apenas podía escribir. Pero eso influía en su felicidad : Nachan cumplía 32 años, y era un motivo de celebración. Era el principio del renacimiento, ya que por culpa del gran éxito de Meiko como escritora, constantemente tenia que viajar, lo que provocaba que pasaran largas temporadas sin verse, y esto influía negativamente en su relación. A veces sentía envidia de lo bien que se llevaban los Matsuura , que, a pesar de la imposibilidad de tener hijos, vivían felizmente en Tokyo. Hacia tiempo que no veía a Miki, desde que el año anterior la había ido a visitar a Nueva York. Habían coincidido allí por motivos de trabajo, y aprovechó unas horas libres para ir a verla a su hotel. Estaba desconsolada. Sabía como le gustaban a Miki los niños, y el hecho de que Yuu no pudiera ser padre le había afectado mucho. Fue como volver a los viejos tiempos. Le había hablado con la dulzura de antaño y Miki acabó comprendiendo que esto no tenia que ser un obstaculo para su felicidad, y que todo podía tener una solución : podían adoptar un niño.

Meiko sonrió, y decidió llamarla al día siguiente, para invitarla a pasar unos días en su casa.

Namura comprobó que la puerta estuviese bien cerrada y se arropó con la gabardina, pues hacia mucho frio. Aquel día se le había hecho interminable, y todo por la cena que tenia con Meiko: estaba tan nervioso como si fuera la primera vez que saliesen juntos. Eso le recordaba a la emociion que sentia cuando se veian de escondidas, o aquella vez que ella fue a su casa y paso la noche allí. Parecia que solo hubiesen pasado unos meses, aunque en realidad habían pasado años.

Era un gran día, y iban a aprovechar el hecho de que los niños estuvieran en casa de los abuelos, cosa que, al vivir estos en Tokyo, no ocurría muy a menudo. Los padres de Meiko se reconciliaron con ella y con Namura después del nacimiento de Miyu, parecia que tener nietos les hubiera ablandado el corazón. Poco después había nacido Hirobe, esta vez sin que lo hubieran planeado, pero fue igualmente bienvenido. A veces, hasta creía que los niños habían arreglado el matrimonio de sus abuelos, cosa que en otros tiempos hubiera parecido imposible.

Solamente faltaban una par de calles para llegar a casa. Siguiendo inmerso en sus recuerdos, no se dio cuenta de la lluvia que caía hasta que un coche lo salpico de barró, ensuciándole la gabardina, así como el ramo de diez rosas que aquella tarde había comprado para Meiko. Aunque usualmente era bastante educado, le propino al conductor una serie de insultos, fruto de la indignacion que le había supenido la interrupción de su viaje al pasado.

Tenia los pies congelados, y intentó volver a sus recuerdos para no malhumorarse con el frío que hacia y el imbécil que le había salpicado de barro, pero no se dio cuenta de que tenia un pie fuera de la acera, y resbaló con el otro, cayéndose de espaldas en medio de la calle justo en el momento en que pasaba otro coche, y Namura fue golpeado y lanzado a varios metros de distancia, dejando un rastro de pétalos de distintos

colores por toda la calle. El conductor no había visto la figura de Nachan a causa de la lluvia, y no había podido evitar la colisión.

Los chillidos de una vecina alertaron a Meiko, quien estaba colocando en la mesa todos los manjares que había preparado para esa noche. Repetía una y otra vez su nombre, y parecían gritos desgarrados por el dolor de lo que estaba ocurriendo, de lo que todavía no había sido testigo.

Sin imaginarse que podía ser, abrió la puerta de la entrada principal, sin sacarse ni siquiera las zapatillas que llevaba puestas, y fijo la vista en el coche parado en medio de la calle, y en el cuerpo sin vida de Namura, que yacía a unos de ella. No pudo gritar. Las lagrimas parecían caer sin fin por sus mejillas, y el simple nombre de su marido, Nachan, que había repetido cientos y cientos de veces, en distintas tonalidades, pero siempre demostrando el amor sin límites que sentía por él, parecía no querer salir de su boca. Se abalanzó encima de el cuerpo, y lo giro, sosteniendolo en su regazo. Tenia la cara desfigurada. Seguramente había muerto al instante, no había sufrido. Recupero la voz, y se puso a llorar con mas ganas de las que nunca habría imaginado tener, con mas razón de la que nunca hubiera podido desear. Pero el ya no volvería, no levantaría la cabeza y le sonreiria, con esa sonrisa sin palabras que siempre la había vuelto loca, esa sonrisa sincera que había arreglado las mas peores disputas.

Al ver el rastro de rosas que había por la calle volvió a estallar en llantos, gritando su nombre, aunque dándose ya cuenta de que nada podría hacer, de que todo se había acabado para ella, de que, por primera vez en la vida, algo parecía no tener solución.

Fin del prelude